



TOMO III.—NÚM. 30.

ANUNCIOS: á precios convencionales.

Número suelto, un real.

DIRECTOR: VALENTIN L. CARVAJAL.

Administracion, Lepanto 18.

ORENSE.—MIÉRCOLES 19 DE ABRIL DE 1876.

AÑO III.—NÚM. 133.

SUSCRICION: tres pesetas trimestre

en toda España.

SUMARIO.—El habla gallega ¿es lengua, idioma ó dialecto?, por Juan A. Saco.—Galicia médica. (Aspecto general del país.) (Continuación), por el Dr. Ramon Otero.—Dos naufragos. (cuento), por Jesus Muruais.—Paseando por Athenas, por J. Ojea.—Á Galicia, (poesía), por Rafael E. Sanchez.—Sacion local.—Anuncios.

Galicia espera del celo y patriotismo de sus representantes en el Congreso y en el Senado, consigan del Gobierno de la Nacion que las Empresas de los ferro-carriles del Noroeste cumplan sus sagrados compromisos, ó de lo contrario se declare la rescision de los contratos procediéndose inmediatamente á la liquidacion de las obras.—No mas prórogas.

La Redaccion.

EL HABLA GALLEGA

¿ES LENGUA, IDIOMA Ó DIALECTO?

Ocioso y fútil parecerá acaso este artículo á muchos, para quienes la cuestion en él controvertida no ofrece dificultad. ¿Quién, sin embargo, no ha presenciado alguna vez reñidas disputas sobre este objeto, y oído sostener tocante á él las más extrañas opiniones?

Prueba evidente de que, si para algunos clara, no deja de ser para los más sobradamente oscura la cuestion sentada en el epigrafe.

Muestran muchos extrañeza, cuando nos oyen dar al lenguaje de nuestro país los nombres de lengua ó idioma, imaginando que usurpamos títulos indebidos: afirman otros, por increíble que esto parezca, que no es lengua ni idioma ni dialecto, sino cualquier otra cosa, ó una informe mezcla de estas tres. Algunos, más prudentes, esquivan la dificultad, no arriesgándose á calificarlo con ninguno de los nombres controvertidos, y contentándose con darle la denominacion genérica de *habla*, cuando la necesidad les fuerza á mencionarlo. (1)

No es otro el origen de esta duda que la carencia de ideas exactas acerca

(1) No hace mucho tiempo que de una ciudad de Aragon me ha escrito cierto ilustrado amigo y compatriota, deseando saber mi humilde opinion relativamente á este punto, con ocasion de haberse suscitado una polémica entre varios compañeros. El presente mal pergeñado artículo, es la reproduccion de la respuesta que le dirigí, aunque algo ampliada en varios pormenores.

del significado de los términos de la cuestión. Y no nos causará sorpresa, si reflexionamos que aun en materias de vital trascendencia para la sociedad y de continuas é importantísimas aplicaciones á la práctica, nace con frecuencia la lucha que divide y encona los ánimos, de la ignorancia del verdadero sentido de palabras, que todo el mundo pregona y que muy pocos entienden.

Conviene, por tanto, mucho, fijar previamente la idea que cada término entraña.

Lengua es el lenguaje particular de un pueblo, ó sea un conjunto de signos orales, (vocablos) de que una nación ó un pueblo se sirve para expresar sus pensamientos. Así se dice lengua española, lengua inglesa, lengua rusa, la colección de palabras empleadas por los españoles, ingleses, rusos, para la manifestación de sus ideas.

Es muy frecuente usar la voz *idioma* en la misma acepción de lengua; mas si, amantes de la exactitud, atendemos á su etimología del griego *idios* (propio), hallaremos que técnicamente se dá aquel nombre á una lengua, cuando se la considera en su parte característica (que por eso se llama *idiomática*), en cuanto se distingue de otras lenguas en su pronunciación, desinencias, giros, etc.—De aquí viene igualmente el vocablo *idiotismo*, modo de hablar *propio* de una lengua, y opuesto á las leyes ordinarias de su gramática. Se dirá, pues, perfectamente: El idioma castellano es mas enérgico que el portugués.

El sentido de la voz *dialecto* no está aun perfectamente fijado por el uso de los autores; pero generalmente se denominan así las variedades de una misma lengua dentro del territorio de una nación, ó los diversos modos de hablar una misma lengua los varios pueblos, que, aunque en la actualidad componen una sola nación, constituyeron en otro tiempo estados independientes. Tales son el milanés, toscano, veneciano, romano, napolitano y otros varios, que son ramas del italiano. Tales en nuestra península el castellano, el gallego, el asturiano, el catalán, el valenciano

(1), que pueden mirarse como variedades de la lengua española. Y entiéndase que al decir *española*, no aludo á la castellana, que, en rigor, es tambien un dialecto de aquella.—¿Qué se entiende, pues, por lengua española? Es en realidad un ente imaginario, una abstracción mental, un tipo que intelectualmente formamos para referir á él como variedades los diversos lenguajes hablados en España. Lo propio acontecía con la lengua griega, que verdaderamente no existía como habla comun á los diferentes pueblos helénicos: lo que había, á lo ménos en el período más glorioso de su literatura, eran dialectos propios de cada uno de éstos. Lo mismo sucede, para aclarar esto con un ejemplo tomado de cosas de diferente especie, con la voz *humanidad*. A cada momento se habla de ésta; pero ¿existe en la realidad? No, porque es una abstracción de la mente, si bien con apoyo en el órden real: existen, sí, individuos, cuyos caracteres comunes, uniéndolos en el entendimiento, constituyen el tipo *humanidad*.—No obstante lo dicho, se dá con bastante fundamento el nombre de lengua española á la castellana, porque se usa literaria y oficialmente en todas las provincias de España.

En conformidad con lo expuesto, no será ahora dificultoso resolver la cuestión que aquí se examina.

¿Es lengua, idioma ó dialecto el habla gallega? Es las tres cosas: es lengua, porque es un conjunto y sistema completo de palabras y frases, con que expresan sus necesidades y pensamientos los habitantes del territorio galáico. Todo lenguaje de un pueblo, dialecto ó no, es lengua. ¿Qué dificultad hay, por ejemplo, en decir: «La lengua gallega fué preferida á la castellana, durante los siglos XIII y XIV, para la poesía lírica?»

Es idioma, en cuanto se considera en él aquello que lo caracteriza y distingue de otras lenguas. El vocablo *idioma* encierra un concepto relativo. Estará, por tanto, bien dicho: «El idio-

(1) La moderna filología clasifica estos dos últimos idiomas entre los dialectos de la lengua románica ó romance rústica.

ma gallego conserva muchos vestigios del céltico.»

Puede también llamarse dialecto, porque es una de las variedades del lenguaje formado en nuestra península, durante la edad media, sobre el molde y base del latín, alterado y mezclado con otros elementos nacionales y extranjeros. No hay, pues, inconveniente en decir: «El gallego es uno de los más bellos dialectos que se hablan en España.» Pero no del castellano, sino de la lengua española, en el sentido arriba explicado, se puede conceptuar dialecto nuestro lenguaje.

Tres principales hablas se formaron casi simultáneamente en el territorio ibérico entre el fragor de los combates con que los nuevos é independientes reinos cristianos ensanchaban sus límites á costa del invasor agareno. La galiciana, madre de la portuguesa, era hablada por los moradores de España occidental; la castellana, que absorbió el bable de Asturias, se desarrolló en la parte central, siendo actuales dialectos suyos, además del bable, el toledano, leones, aragonés y andaluz; y la catalana dominó en la zona oriental, habiendo dado origen al valenciano y al mallorquin. Hay, pues, entre estos tres primarios idiomas ibéricos relación de confraternidad, no de filiación y dependencia, no obstante que algunos escritores enumeren el lenguaje de Galicia y el de Cataluña entre los dialectos del castellano, y por más que éste, merced á un feliz conjunto de circunstancias, se haya sobrepuesto á sus rivales en el mundo oficial y literario, y aun en las relaciones ordinarias de la sociedad culta.

Juan A. Saco.

GALICIA MÉDICA.

(ASPECTO GENERAL DEL PAIS).

(Continuacion).

Pero prosigamos. Un monte ha sido bautizado por el hijo del catolicismo, por el peregrino, que alentado por un voto, apoyado en su báculo, sin mas ri-

queza ni equipaje que la calabaza y el zurrón, traspasaba las naciones para venir á saludar á la Jerusalem del Occidente, á orar y llorar sobre el sepulcro del tonante Heraldo del Evangelio, del ígneo apóstol de Galicia, de Santiago; invocando á ese monte «del gozo» por el que se agolpaba á su pecho al divisar en el azul del cielo la cruz de la basílica, íman de su peregrinación. Posémonos, un momento sobre la cumbre del Monte del Gozo, al N. de la tumba grandiosa del Zebedeo. El *Humilladoiro*, el humilladero de los peregrinos que acorren á ella por el S., se le contrapone, y el monte Pedroso al O., el del Viso al E., delante los de Bite y la Almaciga, detrás los de Conjo y Santa Lucía guardan el *Campus Stellæ* de Theodomiro y Don Alonso el Casto, la Compostela exornada por Don Alonso el Magno, engrandecida por Urbano II, Calisto II y Don Alonso VIII. De esa tumba se ha alzado la catedral grandiosa y esbelta maravilla arquitectónica, y de la catedral ha surgido esa ciudad severa, cargada de gloriosas reminiscencias, henchida de preciosidades artístico-monumentales. ¡Sublime cuadro! ¡Contraste interesante! ¡La religión, la ciencia y el arte, arraigadas en lo íntimo del corazón nobilísimo de Galicia, irradiando por toda su haz la fé inmutable y acrisolada; manantial purísimo de todas las virtudes; de la paciencia, la morigeración, el amor pátrio y el respeto á las leyes; de la constancia estudiosa y militar que caracteriza á sus hijos, solidifica la humana sabiduría tan amada de su génio reflexivo, é inspira esa sublimidad que, en el Burgo de los Tamariscos, ha sabido realizar en granito la poesía de la atrevida edificación que presenta el lábaro cristiano al beso del firmamento!

¡Paisaje de hondo é impresionable efecto! En el centro la Roma española, las fantásticas pirámides, llenando el ámbito con la armonía de los címbalos con que grabó los hombros de los abencerrajes, Fernando el Santo; el esplendoroso capitolio de las ciencias, y la magestuosa ciudad arqueológica; hermosándose, engrandeciéndose mas y mas cada día por sus singulares esfuer-

zos, por su primitiva vitalidad. En torno el honesto solaz en la naturaleza educada por el arte, entregada á sí misma; ó tambien los paseos artificiales y los rurales con sus *brañas de Sar*, sus saltos de agua en los pintorescos molinos de S. Lorenzo, sus amenas sábanas del Cármen de abajo, realzando la blancura del hermoso grupo de sus fábricas, de las huertas y de Belvis: con sus riquísimas fuentes, sus árboles y su cerco de perenne verdor, ceñido y fertilizado por las corrientes del Sar y el Sarela; con su cadena de colinas domeñadas completamente por la horticultura y el cultivo agrícola, que trepan ya ufanos hácia la cima de la última barrera de montes cuyas faldas ostentan guirnalda de robusta vegetación, mientras en las cumbres comienza el arado á suavizar su cabellera adornada con espigas.

Salvemnos el ovalado marco de montes que liga la atención al paisaje de Lupa, al dominio de la Régula de Galicia, fertilizado por los restos de Almanzor y de sus combatientes, por la sangre de los guerreros de Mahomad Alhagib. Cedamos nuestra contemplación al gigante de las montañas, al Pico Sacro.

Allá nos sale al encuentro el Pedron, volemnos á la *Iria* adorada de Diómedes; á la *Ilia* de Favio Vespasiano; á la fecunda nodriza que aplica á su seno á la vez los rios Ulla, Sar y Arosa, al *Pedron* á que fué amarrada la barca conductora del cadáver de Santiago: ¡*Pedron!* pilar guardado en el templo de su nombre. ¿Os seduce la poesía del recogimiento y la soledad? Apartáos á un lado, allí está Herbón con sus bóvedas de fronda, su temperatura dulcísima, su corriente oscura, brindándoos con sus lampreas y sus naranjos, extasiándoos con los trinos de los canarios aclimatados por el cenobita.

Abandonad un instante ese suelo florido, y trepad al levantado monte de cuyas peñas brotan los recuerdos apostólico-galicianos; ascended á ese Libano, tornad los ojos al Oriente, ¿no os seduce la lontananza de los valles de Bea y del Ulla, con caprichosa colocación de zonas, corrientes, sábanas y

montes? Entre tantas quintas, ¿no distinguís á Oca, monumento del feudalismo? A Santa Cruz, fantasía sorprendente del paisista? ¿No le envidiará sus alfombras sus cogines de esponjoso y florido césped bajo abuntantes frutales, su amenidad, sus galerías de boj, su frondosidad, su cascada y su armonioso conjunto, el soberbio Aranjuez con sus sedientos y descalzos árboles seculares?

Dr. Ramon Otero.

(Continuará.)

DOS NAUFRAGOS.

III.

—¡Por los cuernos de Satanás! No me cansaré de repetiros que ese maldito genovés tiene el alma muy negra y el brazo muy listo, amén de una hermosa colección de puñales en su cintura. Os amonesto por la centésima vez á que veleis mas por vuestro pellejo, si le estimais en lo que vale. El cura de mi pueblo, me decia cuando yo era niño que mi cuerpo era puro barro: por lo mismo, despues que he sido hombre, mal rayo me parta, si he consentido á nadie poner á prueba su solidez con la punta de la daga!

—Capitan, os ruego que dejemos esa conversación.... Vuestros temores, ya lo sabeis, solo consiguen hacerme sonreír.

—Enhorabuena riais, si escuchais mis avisos, al menos, en cuanto á cerrar de noche la puerta de vuestro cuarto. Enhorabuena riais, si reis el último! Giácomo...

—¡Bah!

—¿Bah? Esa palabra es muy altiva, muy noble, muy española, lo concedo; pero es menester que vos asimismo me concedais que es tambien muy tonta. Jamas el hijo de mi padre ha juzgado oportuno despreciar á un picaro, cuando este gozaba de buena salud y tenia un afilado puñal al alcance de su brazo. Solo me ha parecido prudente despreciar á un enemigo, cuando su cuerpo pendia ensangrentado de la verga mas alta del palo mayor de mi barco. Hasta entonces, siempre le he mirado con gran interés, sino con amor como á prójimo, con respeto al menos como á vivo!

—Es ya muy tarde, capitan. Con vuestro permiso, me retiro á descansar.

—Oidme antes cuatro palabras. Habeis hecho perfectamente en arrojar al agua á ese miserable, aquel dia que se empeñó en estorbaros constantemente el paso con el visible propósito de buscaros querella. Repito que habeis hecho perfectamente bien, y yo, entre paréntesis, perfectamente mal en haber enviado una barca en socorro de ese tunante. En lo que no habeis procedido con cordura, ha sido en no llevarle aquella misma noche á un rincón del puente y hacer de manera que los peces tuvie-

sen una buena cena. A pesar de que se me figura que la carne de picaro debe ser sumamente correosa... Pero os habeis quedado tranquilo, como si el asunto hubiera ya terminado. Os equivocásteis de medio á medio, ¡tripas de Lucifer! Giácomo es italiano, y por lo tanto rencoroso; cobarde, y traidor por lo mismo; por el contrario, vos sois español y generoso; valiente y confiado. No habeis querido tomar ningun género de precauciones y dormís con la puerta de vuestro camarote abierta de par en par... Giácomo sabe deslizarse como una culebra y ver de noche como los gatos: conoce treinta y tantas maneras distintas y todas mortales de asestar á vuelo una puñalada... Ahora, Don Luis, ya estais advertido..... ¡Buenas noches!

Y Crisanto Centellas, dignísimo capitán del barco *La Gaviota*, con rumbo á América, se alejó de su interlocutor que no era otro que nuestro antiguo conocido, Don Luis de Grijalba, el cual tambien se retiró con lento paso á su dormitorio.

El diálogo que precede, habia tenido un testigo, oculto modestamente tras un monton de cuerdas que yacian en un ángulo del puente, al que debía interesarle en alto grado, á juzgar por la religiosa atencion que prestó á todas sus palabras. Don Luis pasó casi rozándole al tiempo de retirarse: el escondido, encogió su cuerpo de una manera inverosímil, sus dientes chocaron y sus ojos brillaron siniestramente. Hasta mucho despues, no cambió su brillante postura; por fin enderezose con precaucion y dirigió en torno la mirada recelosa del tigre que teme le disputen la presa. Nada vió.... Una sonrisa de demonio, crispó sus delgados lábios.... Era un hombre pequeño, de vigorosa musculatura, de atezado semblante, de enmarañada barba y de anchísimas espaldas el que despues de probar silenciosamente el temple de su puñal, avanzó cauteloso en la direccion marcada por un rayo de luz que se filtraba á través de la mal cerrada puerta de un camarote vecino. Se vió por fin á veinte pasos de aquella puerta y esperó. Al cabo de media hora, extinguióse el rayo de luz dejando todo sumido en la oscuridad. El fantasma permaneció inmóvil aun por espacio de una hora. En pocos segundos, franqueó entonces el espacio que de la puerta le separaba; pareció vacilar un momento en su dintel, pero al fin desapareció en la oscuridad del camarote.

De pronto, resonaron simultáneamente un grito horrible y una ruidosa carcajada. Nuevamente volvió á brillar la luz que nos permite apreciar lo que pasaba en el interior de aquella cámara.

El hombre de la daga, tendido en tierra, forcejea inútilmente por librar su pecho de la opresion en que le tiene una rodilla vigorosa, y retuerce vanamente sus brazos cogidos por una mano de hierro. Sobre un lecho cercano, incorpórase un hombre que al reflejo de una luz que alza en su diestra, contempla atónito esta escena.

—¿Quiénes sois y que me quereis? prorrumpió tratando de saltar al suelo.

—Quieto, quieto! Dominad vuestra impaciencia hasta que concluya de atar en regla los brazos y las piernas de este bergante y soy con vos enseguida.

La anunciada operacion, tanto mas fácil cuanto que la victima se habia desmayado, quedó muy pronto terminada. Entonces, aquel inesperado personaje pronunció las siguientes palabras:

—El hombre que veis ahí tendido, se llama Giácomo. El que os habla ahora, se llama Don Alvaro Osorio. El primero queria asesinaros, el segunda ha querido salvaros. Ya sabeis quiénes somos y que es lo que os queremos.

—¡Ah!

—Hace mucho tiempo, que vengo siendo la sombra de ese miserable, cuyos proyectos adivinaba. Sois español, yo he nacido en España; habeis vertido vuestra sangre en Flandes, yo he derramado la mia en Italia contra unos mismos enemigos... Y he ahí porque no podia consentir que murieseis torpemente á manos de un infame. Además, aunque vuestro carácter un poco sombrío no concuerda con el mio, un mucho alegre y bullicioso, ¡que diablo! os confieso que desde el primer momento en que os vi, os he tomado gran cariño. Ahora, os dejo. Voy á despertar al capitán para que se encargue de esta buena pieza.

—Don Alvaro de Osorio, ¿quereis darme á estrechar vuestra mano antes de alejaros de aquí?

—Tomad, Don Luis.

—Amigos hasta la muerte, Don Alvaro!

—Hasta la muerte, Don Luis!

—Éa, al agua con él, muchachos! ¡Qué sorpresa tan desagradable cuando despierte en medio de tanta agua, él, que estaba acostumbrado á despertar siempre en medio de la mar... de vino!

Tal fué la oracion fúnebre, que á la memoria del desventurado Giácomo, pronunció algunos momentos despues, el dignísimo capitán de *La Gaviota*, Crisanto Centellas.

Jesus Muruais.

(Continuará)

PASEANDO POR ATHENAS.

ESTRAVAGANCIAS SONOLIENTAS.

que dedico á mi muy buen amigo

DON MANUEL MARIA PUGA

ciudadano de Vigo.

(Continuacion.)

¡Que hermoso paraje!.. dije en un instante distraido y hablando á media voz conmigo mismo.

—Muy bello! respondió, á la mia, otra voz que me pareció el prelude de una lira. Volví

la cabeza buscando al que la habia producido, y me encontré con un elegantísimo mancebo, de aire resuelto y atrevido, acicalado y perfumado como un cortesano de la Regencia, y que á mi me dió la manía de creerle descendiente, sobrino cuando menos, de Alcibiades.

—El dueño de lugares tan amenos,—le dije yo á aquel Antinoo que iba á estudiar filosofía,—debe de ser tan rico como espléndido.

—Dejóselos al pueblo, contestóme con cortesanía el elegante, aquel que reveló á Castor y Polux el paradero de su hermana, la bella Elena.

Luego entre los muchos jóvenes, para mi desconocidos, que allí habia, llamóme la atención el nombre de uno de ellos que, si entonces me sonó un poco *barbaro*, lo encuentro ahora, cuanto tu me lo pronuncias, un tanto griego; y ya iba á demandar noticias de él al amable descendiente de Alcibiades; mas le encontré tan comprometido en el empeño de querer retener en sus ojos las miradas, demasiado expresivas, de otras dos pupilas, *negras cual negra es la noche* y abrasadoras como el sol de mediodía que, me contuve por prudencia...

—Sois muy discreto,—me dijo con delicadísima gracia el atheniense notando mi deseo de interrogarle—, y prosiguió: Ya habeis visto á la entrada de estas encantadoras alamedas el ara del Amor, (1) y yo pretendo llevarle mis ofrendas por el camino de la filosofía.

—Vuestra filosofía tiene, pues, un semblante muy seductor, le contesté, y aun sospecho que por tan hermoso camino presto llegareis á ser un sábio.

—El arte,—repuso sonriendo de una manera que hubiera matado de celos á la Maintenon,—es la ciencia de lo bello, y la mujer...

—No hay duda, le interrumpí riendo á mi vez, es la mas alta expresion de la belleza.

—Son nuestras teorías semejantes, añadió, siempre con gracia incomparable.—Pero deseábais, me parece, saber algo de aquel joven, cuyo nombre llamó vuestra atención.

—Cabal, ese era mi deseo.

—Es negociante, muy inteligente, honrado y laborioso, buen ciudadano; y muy á menudo suele cerrar los libros de caja para venir á escuchar á los maestros *de la ciencia*.

Salimos, por fin, ya muy amigos, el descendiente del celebre intrigante de Athenas y yo, de aquel recinto inolvidable, marchando á la par por una senda sembrada de sepúlcros, templos y otros cien diferentes monumentos, del mas primoroso gusto y perfectísima belleza, como tu y yo volviendo de un paseo por la carretera de Bayona. Asi íbamos, cuando me detuve á mirar un hombre, que, cual un demente, subia corriendo una empinada cuesta al propio tiempo y pronunciaba no sé que palabras cadenciosas.

Mi elegante *cicerone*, respondiendo á mis internos pensamientos, se apresuró á decirme, con cierta desenvoltura de *dandy* calavera:

—Es Demóstenes. Pretende, por tan singular manera, corregir sus defectos naturales para rehabilitar su nombre dos veces ya silbado por el pueblo. Recita corriendo, como veis, versos de nuestros trágicos y trozos de aquel libro que oprime debajo del brazo: es la *guerra del Peloponeso*, escrita por Thucídedes.—Y terminó riéndose como un loco.

—Extraño recurso, observé yo.

—Mucho mas de lo que veís, añadió el *dandy* heleno riéndose siempre.

—No lo concibo, respondió.

—Podeis presenciarlo vos mismo, si queréis, volvió á decir el alegre pariente de Alcibiades. Mirad!.. ahora descenderá desde la torre de Timon *el Misántropo*, á donde ya llegó, y, hoy que el mar está irritado por la insolencia de esos vientos que vienen del Africa á turbar su reposo, llegará á sus orillas, colocará debajo de la lengua algunas arenitas de la playa y, subido luego á cualquier peña, arrojará á las olas tumultuosas, imaginándose de tal manera que dirige su voz al pueblo amotinado.—Y al llegar aquí, soltó largas y estrepitosas carcajadas.

—No tenia idea de esa locura tribunicia,—hablé yo con natural indiferencia, al paso que iba pensando de mi improvisado camarada: ¡Y como te pareces á tu tío! No serás capaz de idear una expedicion contra Sicilia; pero no te creio menos libertino.

—¡Vamos al Liceo! exclamó de repente; y recogiendo el purpúreo manto en pliegues de gracia escultural, púsose en marcha silbando un aire que á mi me pareció la marcha bélica de la *Africana*, por lo que, notando la atención que yo prestaba á su música ratonera:

—¿Os gusta? me dijo: es el himno guerrero de las espartanas.

—¡Valientes marimachos están las tales espartanas! exclamé.

—Ah!... ya lo veo, volvió á decir con fina malicia; á vos, sin duda, os gusta más aquella morenita de cuerpo delgado y mecedor, como el lino de las riberas del Nilo cuando columpia en el céfiro su flor caída de los cielos. Mirad que ojos tan negros los suyos! Pluton no tiene en su cocina carbones que le igualen, ni brasas que quemen y resplandezcan más.—Vamos á hablarla!

José Ojea.

(Continuará.)

Á GALICIA.

Dedicada al Ilmo. Sr. D. Luis Rodríguez Seoane, mi distinguido amigo.

I.

Deja, Galicia, que tus glorias cante,
deja que el alma con placer profundo
en el espacio su cancion levante
y el eco ruede por el ancho mundo.

(1) A la entrada de la Academia se levantaba, en efecto, el altar del Amor.

No en tu seno nací; por vez primera
la luz me hirió del luminar del día,
que mantiene en continua primavera
el suelo de la hermosa Andalucía.

Aún del árabe luce el minarete
que allí se eleva cual testigo mudo,
á cuyo pié murmura el Guadalete
tristes cantares del guerrero rudo.

Y aún hoy la mente acuerda, el lábio nombra
los torreones de doscientos codos
en medio de los que vaga la sombra
del último monarca de los godos.

II.

Si profeso á mi patria gran cariño,
tuyo es también mi amor, tierra querida;
si allí gocé con la ilusión del niño,
dulce en tu seno trascurrió mi vida.

Una y cien veces me miré en los ojos
de tus mujeres candidas y bellas,
oyendo amante de sus lábios rojos
de dulcísimo amor, gratas querellas.

Contemplaba en las noches de verano
las leves ondas del tranquilo río
que corren con afán al Océano,
cual busca á Dios el pensamiento mio.

Yo ví á través de matutina bruma
del Pindo la estruendosa catarata,
que cae en arroyos de nevada espuma,
cual se desprende líquida la plata.

Tus campos admiré frecuentemente
del cerro majestuoso en la silueta,
ví la magnolia oriunda de Occidente,
al lado de la púdica violeta.

Se ven en sus extensos horizontes
floridas vegas, árboles umbríos,
amenos valles, encumbrados montes,
rugientes mares y serenos ríos.

Ríos do contemplan múltiples encantos
mil y mil hermosísimas zagalas,
donde las aves entre dulces cantos
mojan los rizos de sus leves alas.

Ríos que retratan en movable velo,
ora los ojos de gentil doncella,
ya el limpio azul del trasparente cielo,
ya de los rayos la candente huella.

Se ven cubriendo tus modestas lomas
de blanca nieve los menudos copos;
aspíranse gratísimos aromas,
robados á jazmines y eliotropos.

Y al recordar en apacible calma
sus mágicos hechizos, su delicia,
un tributo amoroso rinde el alma
á las fértiles vegas de Galicia.

III.

Del Atlántico mar en las riberas
más de una noche meditando á solas,
venían á postrarse placenteras,
ante mis plantas, sus altivas olas.

Los rayos de la luna dulcemente
reflejan en las aguas tenue brillo;
no turba soledad tan imponente
ni aun el remar del pescador sencillo.

Tan solo para gloria de los hombres,
y porque al Universo sea notorio,
murmura el aura los angustos nombres
de Mendez Nuñez, Lángara y Tenorio.

Y de españolas playas y extranjeras
surgen acentos de sublime cántico,
siendo de su armonía mensajeras
las azuladas ondas del Atlántico.

IV.

El marino, el filósofo, el guerrero,
el poeta, el artista y la matrona,
con noble afán y con amor sincero
añaden un florón á tu corona.

En tí se oyeron con placer profundo
los cantos armoniosos, las poesías
que han hecho populares en el mundo
los nombres de Rodríguez y Macías.

De tí surge un Feijóo sábio entre sábios,
que, apóstol de Jesús y de la ciencia,
irradia de su pluma y de sus lábios
raudales esplendentes de elocuencia.

Fulgura el invencible Figueroa
que te liberta de afrentosas leyes,
fulgura Payo que ganó á Lisboa,
Alonso Veiga que aprisiona reyes.

El noble Lemos de su honor celoso
que el lábaro español tremoló en Flandes,
el general invicto y valeroso
que brilla siempre en las empresas grandes..

El que á la cumbre del poder llevado
de Mecenas ganó el angusto mote,
y su título vé immortalizado
en las divinas hojas del *Quijote*.

Alfonso Sexto, que en tu gloria fijo
por su audacia y valor al mundo aterra;
el ilustre Altamira, que en Clavijo
erige el nacional grito de guerra.

Y al entrar de la Historia en el santuario,
¿quién ¡oh Galicia! tu grandeza abona
como el hecho sublime, legendario
de Maria Pita, tu inmortal matrona?

¡Ah! no es posible que mi pluma cante
el entusiasmo que tu gloria inspira;
no, no es posible que hasta ti levante
estos acordes de mi humilde lira.

Pero tus altos, tus sublimes hechos,
tendrán siempre un lugar en mi memoria,
un sacro altar en castellanos pechos
y una brillante página en la Historia.

V.

En el paeble, en el monte, en la llanura,
doquier mi vista con afán tendía,
gozaba el pecho plácida ventura,
y con más fuerza el corazón latía.

Estático admiré las catedrales
que en tí ha fundado la piedad cristiana;
contemplé tus grandiosos arsenales,
raro portento de la industria humana.

Vi zarpar de tus puertos el navio
que dominando las rugientes olas,
ostenta con orgullo y poderío
las ínclitas banderas españolas.

En la pendiente de gentil colina,
y al pálido fulgor de las estrellas,
alzarse ví fantástica ruina
donde el tiempo mareó indelebles huellas.

Sentí las aves que su pico aguzan,
ví la cruz tosca que revela un crimen,
ví los fantasmas que el espacio cruzan
y en el silencio de la noche gimen.

Contemplé tus montañas colosales
que altivas quieren escalar el cielo,
do las potentes águilas reales
no osaron nunca remontar el vuelo.

Postréme con fervor ante la losa
donde incesante el peregrino vela,
entre la luz incierta, misteriosa,
del templo de la augusta Compostela.

Propios y extraños su grandeza admiran,
todo es clásico allí, todo gigante,
y en sus curvas parece que se miran
los atrevidos arcos de Bramante.

Vi en él los mónstruos que entre si se muerden,
los artísticos grupos de querubos,
las dos gallardas torres que se pierden
de la ciudad en las eternas nubes.

Ví su incensario, que émulo del ave,
en vuelo raúdo, audaz y peregrino,
se mece de una nave á la otra nave
cual el querub ante el dosel divino.

Y al doblar la rodilla reverente
ante el apóstol cuya fé nos guía,
mandaba al cielo mi oracion ferviente
entre nubes de aroma y armonia.

Mil y mil veces entoné cantares
al ver de Vigo el delicioso suelo
que se destaca en los azules mares
cual la paloma en el azul del cielo.

He contemplado la gentil Orense,
el florido vergel de Pontevedra,
el rio que baña la ciudad Luscense,
sus torreones de miliaria piedra.

Y al recordar mil épicas batallas
allí los ojos de la mente fijos,
admiré con orgullo sus murallas,
mas débiles que el pecho de sus hijos.

VI.

¿Qué recuerdo en mi mente se despierta?
¿que hondo pesar mi corazon oprime
¿por qué giro en redor la vista incierta?
¿por qué mi pecho dolorido gime?

¿Por qué piedad y compasion imploro?
¿por qué murmuro de mi triste suerte?
Es que la madre que entusiasta adoro
del hogar pátrio la arrancó la muerte.

Es que á mi amante corazon le falta
el sosten dulce que perdí con ella;
es que amargo pesar mi pecho asalta
al ver perdida mi ilusion mas bella.

¡Oh, madre mia! Tu, que siempre fuiste
quien calmó mis angustias y pesares,
deja que al pié de tu sepulcro triste
el llanto de mis ojos brote á mares.

Deja que eleve mi oracion ferviente
en el rincon ameno de Galicia,
do el aura besa mi abrumada frente
y tus benditos restos acaricia.

Alli tan solo encontraré consuelo
cuando el dolor mi corazon taladre;
¿cómo no he de adorar el santo suelo
que guarda las cenizas de mi madre?...

Rafael Eugenio Sanchez.

Madrid: 1876.

SECCION LOCAL.

Ha llegado á nuestra noticia que, efecto de las numerosas quejas de varios vecinos de esta poblacion, por la falta de equidad en la distribucion de los alojamientos, se trata de presentar al Ayuntamiento, por un individuo del mismo, una proposicion á fin de que sea nombrada una comision compuesta de cinco Concejales, que, auxiliada por el Secretario y demas empleados de aquella dependencia, se encargue del cumplimiento de este servicio con la mas estricta justicia, formando un padron de todas las casas de la Ciudad, clase y número máximo de militares que puedan alojar, el que será expuesto al público por espacio de quince dias para oír y resolver las reclamaciones que contra él se formulen, atendiendo, en lo sucesivo, á la distribucion de alojamientos, el Secretario, quien, bajo su responsabilidad, podrá delegar en cualquier empleado de el Municipio.

Nosotros conformes en un todo con este pensamiento no lo estamos, sin embargo, en cuanto á su ejecucion, puesto que de encomendar á la Secretaria su cumplimiento, ademas de distraer de sus múltiples atenciones al funcionario de ella encargado, no responderia esta reforma á las justas exigencias de la opinion, que veía otra vez investida á una sola persona de amplias facultades para distribuir los alojamientos.

A nuestro modo de ver debian todos los señores Concejales, sin excepcion, desempeñar por turno mensual este servicio, ajustándose al proyecto que肺炎 someterse á la deliberacion de aquella Corporacion.

Solo así creemos podrá llevarse á cabo aquel con entera independencia y justicia, satisfaciendo los deseos de nuestros convecinos.

Ayer, á la tarde, ha fallecido el Dean de esta S. I. C. D. Fernando Charlin. Que Dios haya acogido su alma en el seno de los justos.

Hace algunos dias que se encuentra en esta ciudad el afamado Doctor en Medicina y Catedrático de Anatomía quirúrgica, en la Universidad de Santiago, D. Francisco Freire. Saludamos afectuosamente al que por sus estudios y las difíciles operaciones que con admirable acierto ha practicado, conquistó un honroso puesto no solo en la Escuela Compostelana, sino que tambien en el profesorado español.

Leemos en *La Correspondencia*:

«Se han concedido los honores de Jefe de Administracion Civil, libres de gastos, al ilustrado y laborioso abogado y Contador de fondos provinciales de Orense, Sr. D. Joaquin Vila Yañez.»

Felicidades de todas veras á nuestro querido amigo y vecino por tan honrosa como merecida distincion.

Varios feligreses de la parroquia de la Santísima Trinidad, se han acercado á esta Redaccion, diciendonos verian con gusto hiciésemos constar que á las gestiones y celo del digno Ecónomo del partido de arriba, D. Manuel García, se debe el que en el presente año haya salido de aquella Iglesia la procesion de la Virgen de la **Soledad**, segun inmemorial costumbre, y que por causas desconocidas, habia dejado de practicarse esta desde hace tres años.